



Negu Gorriak cerró el concierto, en el que hubo lleno en la carpa y en los alrededores.

Andrés CAMELLADA

Inmensa solidaridad

■ Más de 12.000 personas asistieron a la cita con la libertad de expresión e «Hitz egin» en OIartzun. ■ Las nueve horas de concierto transcurrieron sin contratiempos. ■ Destacó la elevada calidad de los grupos.

Uno de los misterios mejor guardados de un concierto es predecir cuántos aficionados atravesarán la puerta y si las cuentas cuadrarán. El pasado sábado en OIartzun el cajero no tembló, pues ni siquiera tuvo necesidad de abrir taquilla: todo estaba vendido dos días antes. Especie de milagro que cabe atribuírsele en partes iguales a un tricuerno, quince bandas y la respuesta solidaria de una juventud más despierta de lo que cabe suponerse. OIartzun fue una gran fiesta, pero también una muestra artística impresionante.

OIARTZUN
Pablo CABEZA

Nueve horas de música real, sin tregua ni descanso, le dejan el cuerpo a uno como para pasar el domingo enyesado a las sábanas. Más aún —y disculpas por la exagerada personalización— si la afición a la fotografía le lleva a estar en primer fila durante la actuación de catorce bandas. Hecho que se resume en tener que saltar nueve vallas hasta el centro del escenario, más otras nueve de vuelta, dieciocho saltos que habrá que multiplicar por catorce grupos —nos perdimos a la Banda Bassotti—, lo que suma un total de 252 saltos, con una bolsa a cuestas de ocho kilos, en nueve horas, y a lo que habrá que añadir un kilómetro largo recorrido de un escenario al otro entre un tupido poblado de diferentes tribus. (No existirá en el libro del "Guinness" algún rincón para el salto de valla en un concierto?)

Números, no obstante, que van más allá de lo privado, pues, de paso, nos hablan de la magnitud de la obra, del orden, del

perfecto planning, de la conclusión del festival artísticamente más completo de nuestra historia rock. Y lo consiguió no sólo por el elevado número de bandas presentes: quince, sino por la variedad de estilos, las enormes ganas que todos le pusieron al asunto. En la tarde-noche del sábado hubo algo especial bajo la carpa. Un misterioso espíritu que arrancó lo mejor de cada grupo.

La bestia

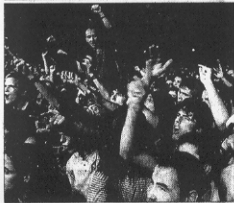
En Esan Ozenki y en MATIXKA, organizadores de infraestructura, siempre ha dominado el orden, así que, aunque días atrás se nos comentara que habría un pequeño retraso en el inicio del festival, éste comenzó a la hora prevista. A las seis de la tarde, y mientras fuera cientos de jóvenes preguntaban por entradas, Bap! iniciaba la tanda.

El festival de OIartzun, en todo caso, no comenzó el sábado pasado, sino el mismo día en que un juez interpretó que la justicia era él. Después vinieron los preparativos y las numerosas mues-

tras de apoyo. Bueno, y un par de días dedicados a buscar entradas: «Oye, ¿sabes dónde puedo conseguir entradas?», «¿no te sobrarán ninguna?», «¿sabes dónde hay autobuses?»,... Lo dicho, «el mal», una vez más, tuvo respuesta generosa. De tal forma que músicos, amigos, ánimos y gente honorable en general, convirtieron el moho en una sobrecogedora muestra de música euskaldun.

Lo de la carpa es un invento, un gran invento: amplia, cubierta, sonora, ventilada... cualidades que contribuyeron a redondear el aspecto técnico de la historia, pues, a pesar del jaleo, de no haber probado casi ningún grupo, sonó bastante bien y todos se vaciaron en la media hora de vida que tuvieron sobre el escenario.

La fiesta de Esan Ozenki sirvió, al margen de los fines directos, para mostrar el poder de un sello, la variedad estilística acumulada y la categoría de las bandas que conforman la discográfica. Un detalle que se dispersa en el día a día, pero que el sábado nos lo recordó a todos: a los ocho mil de la carpa y a los cuatro o seis mil que se encontraban fuera, ¡quince mil en total! A las 3 de la madrugada, con Negu Gorriak cerrando, cesaba el sonido. Concluyó el festival más completo que ha conocido nuestra historia musical rock. Gente sentada por las calles, bocatas, camisetas "Hitz egin" y una buena paliza para todos los cuerpos.



Nueve horas de concierto a tope.

A. CAMELLADA